

“Jeeeeeeeeeeeeee vaca jarrete cagaoooooo, la mujer chiquita y tetona no sirve p’ molendera, porque con la punta de la teta hecha la masa p’ fuera” Canto de Vaquería del Sinú.

EL RETORNO A LA TIERRA, PORRO, FANDANGO O MARÍA BARILLA

“Doña por favor se colocan el porro María Barilla, con mucho gusto. Vea usted ese viejo corroncho lo que va a pedir, jajajajaja (risas). Bueno y qué es lo de ustedes, no saben que esa es la música autóctona de la costa Atlántica que debemos llevar en la sangre, da tristeza ver unos pelaos que no conocen su propia música, su propia cultura. Qué desgracia. ¡¡Silenciooooooooo!!”

La duda del año exacto en que sucedió esta anécdota aún subsiste y es total, sólo recuerdo que fue en Cartagena y que su principal protagonista fue mi padre, el legendario don Marco Sánchez Pareja y otras hiervas como romeo, anamú y a veces florecitas de tilo QEPD, en una fiesta para celebrar un grado de bachiller de alguien conocido, por allá en los setena cuando en la alegría propia del sinuano, ‘pídoles’ la exquisita pieza musical, mamá de todos los porros he himno real de nuestra tierra sinuana en el departamento de Córdoba, el porro María Barilla.

Lo único cierto es que no existe banda de porro o fandango, compuesta de tres, cuatro, diez o más músicos que no se dé la pela por interpretar magistralmente el famoso y sonado Porro de nombre *MARÍA BARILLA*, el “para muertos”, “despierta borrachos”, “revienta cumbiamba”, “pela bolsillo”, hace que uno se gaste una plata ajena, persuade una cuca, baja un moruno, mata una, dos o tres gallinas para la amanecida y hasta hace que el pavo de navidad o el 31 caiga 6 meses antes para continuar la parranda y esperar la alborada en la fiesta de San Pelayo Córdoba, la capital mundial del porro en todas sus manifestaciones.

Es una ley de fiesta o parranda en el Sinú, que bien sea en esa vaina que ahora llaman -la hora loca-, o en altas horas de la noche o madrugada, cuando la fiesta se quiere acabar, entra una banda pelayera, papayera o chupa cobre, con una tanda de porro y fandango, tocando por supuesto el porro María Barilla. De inmediato; los borrachos se componen, los dormidos se despiertan, los enamorados se alegran y la gente grita y guapirrea de alegría y contentura, bebiendo y tomándose hasta el agua del florero.

El grito de ‘huepaje’, ‘hijueputa’, ‘no joda’, ‘viva la chucha peluda’, “Fuera y fuera no me joda la mujer que no para que se joda” y otras tantas expresiones de alegría y folclor con sabor a mierda de vaca y abarca tres puntas, que con el parapara pa, del clarinete, el redoblante, bombardino, las trompetas y otros instrumentos de viento y percusión, dando al porro moruno, la fuerza de un brebaje mítico, que despierta los sentidos, saca de su letargo nuestra vena “corroncha” haciendo que la fiesta vuelva a empezar hasta que el “Mono abra las puertas de su consultorio” y el sol me pegue en la cara para saber que amanecí y he bebido. Y que hablen lo que quieran, “que después del último no hay quien pase” y “Sarna con gusto no pica y si pica no mortifica”, ¡qué carajo!, que me mate el guayabo que plata es lo que tengo, y si no me creen ¿Pregúntenle a la muerte cuánto vale la vida p’ comprarla”.

Veintitrés entre músicos, cantadores, bailadores, bailadoras, lavanderas, narradores más su respectivo escritor y director hacen de la obra María Barilla, producida por la Fundación Teatro Nacional-FTB-Darío Silva, la obra de las obras capaz de reunir en un mismo escenario durante una hora y cuarenta minutos todo el viejo Sinú cordobés, untado de esa magia autóctona que tiene cada región de nuestra patria, que gracias a sus tres cordilleras logró conservarse casi intacta a pesar de la tecnología y la colonización cultural facilitada por la comunicación virtual y el fácil acceso a otros ritmos melódicos no tradicionales.

El ya igualmente legendario Teatro Nacional la Castellana, fue el escenario donde contamos costeños disfrutamos de esta hermosa obra, imbuidos en un mar de cachacos que sí saben en dónde está la bacanidad y el sabor del suero atolla buey y la idiosincrasia costeña, amén del tabú de la zoofilia y el cerebro sin materia gris como escribiera la “conquistadora y colonizadora” de forma arbitraria Salud Hernández en su columna de marzo de 2012.

La apuesta en escena, es una maravillosa combinación de una fuerza folclórica untada en porro, cumbia, mapale, vallenato, bullarengue, grito de monte, canto de vaquería, tambora, clarinete, guitarra, redoblante, contrabajo, percusionista, gaitas, cantadora, faldas multicolores, sombreros vueltiaos, abarca de tres punta, pies descalzos como la fundación de Shakira, pañoletas, olla de barro, ganado romo sinuano, campesinos sudorosos, fumadores de tabaco y cigarrillo piel roja, encarnados como vaqueros, corraleros y lavanderas, eso si todos ellos, atrapados por el gamonalismo que por siempre acompaña las bravas tierras del Sinú y San Jorge, bien vestido de caqui, vestido, de verde oliva o vestido de paramilitar.

Cantadoras y bailarines de treinta y menos años, se juntaron con el vaquero viejo cantador sesentón, para burlar la muerte en escena, *“Quien baila y goza espanta la muerte”*, como solía decir la propia fandanguera, representada a son de cadera, contoneo de hombros, sonrisa de siempre viva, vigor de mujer temprana, voz de porro y fandango, con piel de blanco folclor llamada Natalia Bedoya, la propia María Barilla.

Hasta la berenjena casi endémica del Sinú, se escapó a la filigrana folclórica de sus organizadores y eso que en Córdoba la gran mayoría no tenemos ni idea que -una de las mejores salsa para las pastas italianas es la de berenjena-, la misma que vestida de ataúd hace de la muerte una premonición para el líder artesano llamado Vicente Adamo.

Tiene también la obra el exquisito toque político que le da ese tufillo gamonalista terrateniente de los años treinta del siglo XX, vigente aún en los años 12 del siglo XXI. Uno no sabe cuándo pasó, sólo sabe que está vigente, la fuerza pública siempre está del lado de los poderosos con razón y sin razón y en la obra no fue la excepción, la crítica política se viste de folclor para mostrar la cruda realidad de la represión ayer, la represión hoy, en este mundo donde los pájaros tocan en vez de trinar, -para estar a tono con el desarrollo, el cambio climático y la contaminación- la estafa del “letrado” terrateniente al pobre campesino explotado, endeudado al nunca pagar, la mujer campesina pisoteada, ultrajada y abusada sexualmente por el patrón, el italiano cual Pedro Romero sinuano que defiende los derechos, organiza la protesta para terminar extraditado.

La sola reivindicación de una maravillosa mujer lideresa del Sinú, curtida en mil batallas como Juana Julia Guzmán paga la entrada. La colocan en su justa grandeza, no es la vedette pero la fuerza del personaje encarnado por Indira Serrano, hace que uno sienta la vigencia de la lucha reivindicativa de nuestras mujeres a lo largo y ancho de la obra como parte del contexto donde la fandanguera derrochaba energía de rueda en rueda cada noche de fandango. Son ellas las mujeres las que dan el toque sutil de la grandeza de nuestras mujeres, imprimido en La Caimana, que desafiante reta a golpe de tambora, redoblante y clarinete a la reina del fandango y el porro, haciendo de la física centrífuga un torbellino de equilibrio y derroche de energía, capaz de dar más vueltas que un trompo sedita con una múcra en la cabeza que sólo se cae cuando ella lo decide, poniendo fin a la batalla dantesca de un baile sentido en plena rueda de fandango donde la reina del porro triunfa por muy poca diferencia.

“Todavía se me espeluca la barbilla cuando me acuerdo de la Tulia Flor”, El Pachanga, si se me espelucó la piel, se me alborotaron los sentidos, se me revolvió la vida con sentimientos encontrados, recuerdos perdidos que aparecieron por arte de magia al son de cada cadera, de cada salto, de cada grito montuno o

canto de vaquería, fue apoteósico, descomunal, rompe candado, the arrow, vuela más que el viento, sencillamente maravilloso.

Revivo esta nota porque siendo María Barrilla el himno de Córdoba, por fin se hace reconocimiento público permanente a la bailadora, a la música vernácula, al porro y su música como tal. El emblemático monumento al porro palitiao y tapao, ubicado a la orilla del triste y depredado río Sinú, -gracias a la represa de Urra I- que esta plena ronda ecológica de su rivera derecha, constituye un homenaje sentido a la cultura, tradición, resistencia y lucha heroica del porro sabanero, frente a la avalancha retórica del vallenato “moderno”, el reguetón, la champeta criolla, la ranchera “cachaca”, la tecno música y otras expresiones que no se cansan de atropellar el folclor, atrapando en sus redes a la juventud.

Cada instrumento musical como son: los bombardinos, las trompetas, los clarinetes, los trombones, bombos, redoblante y platillos, cuenta con su estatua representativa y, su músico de cabecera en el histórico monumento, que en hora buena la alcaldía municipal de Montería y la gobernación de Córdoba se pusieron de acuerdo para financiar tamaño reconocimiento, no solo a la inmortal María Barilla, sino también a otros personajes que enaltecen con orgullo el porro y el folclor de nuestra tierra.

La fallecida Lucy Gonzales con su “Polvorete”, el maestro Pablo Flores, Antolin Lenes, don Pacho Zumaque, “El Compae Goyo”, “El Gaba”, El Maestro Naranjo, Simón Mendoza de mi barrio Nariño, el gran David Sánchez Juliado, lista a la que debo agregar aunque no estén en la placa, entre otros al famoso “Mordelón Jiménez” y Amado Otero, trompetistas ceretanos de vieja data e historia musical, “El Cabo Herrán”, William Espejo del barrio Sucre, de quien se dice, canto con la Billo Caraca de Venezuela, y por supuesto al maestro de maestros Francisco Zumaque Junior, leyenda viva de nuestro folclor con su toque especial de director en música clásica. De manera particular debo mencionar al maestro Alejandro Duran -no recuerdo si está en la placa-, hijo adoptivo de Córdoba orgullo nacional del vallenato tradicional quien vivió y murió en el Municipio de Planeta Rica.

Solo resta que esa misma dirigencia haga los contactos y esfuerzos requeridos para llevar la apuesta en escena de la gran obra musical a su natal Montería, para deleite de los cordobeses, ya que como dicen los barranquilleros sobre su carnaval, “el que lo vive es el que lo goza”. Ver esta obra es poder sentirse más colombiano y cordobés, orgulloso del derroche de talento de nuestra gente, pero sobre todo para dejar que la fuerza que motivó la vida de esta bailadora, se apropie de nuestros sentidos para que cuando la calavera comience a reclamar nuestro suspiros, poder gritarle a todo pulmón como lo hacia la fandanguera: “Quien baila y goza espanta la muerte” sigue en espera por mis huesos, que estoy en la rueda del fandango candongueando al mejor estilo de María Barilla.

Luis E. Sánchez Puche
Sociólogo sinuano de pura cepa